

Una Estampa de 1830

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si yo comenzara dándoos las gracias por haberme concedido el honor de dirigiros la palabra en la apertura de este curso académico, no haría más que repetir lo que se ha dicho tantas veces en ocasiones semejantes, llegando a constituir fórmula de cortesía que, por serlo, como todas las fórmulas sociales, ha perdido su primitiva significación, quedando reducida al valor del saludo entre personas educadas. Y sin embargo, en el caso actual y por las circunstancias de encontrarme yo desde hace tiempo alejado de la vida literaria y aun de la social, y sabiendo que en esta época, y probablemente en todas las épocas, para que se tengan en cuenta los hombres, hay que colocarse muy al paso, desde luego reputé por honor, y honor extraordinario, la invitación que se me hacía, y al punto la gratitud y la satisfacción obligáronme a aceptar reconocido el encargo, sin pensar en las dificultades de todo género con que iba a tropezar para llevarlo a cabo.

Y éstas surgieron enseguida, al elegir el tema del discurso, pues mi aislamiento me hacía ignorar cuáles eran los que, dentro del estrecho círculo de mis posibilidades, por estar más en boga, tendrían interés bastante para no aburrirlos y hasta, si fuera posible, para distraerlos.

Perteneciendo yo a la Sección de Literatura, parecióme lógico tratar tema literario, pero es el caso que a mí me es más fácil componer cualquier obra—muy modesta como mía—que analizar y censurar las de los demás y hasta que disertar sobre las novedades de todas clases que con variedad infinita diariamente recibimos del extranjero o inventamos nosotros, pues mi actitud de toda la vida como lector o expectador, es de tan absoluta buena fe, que me dejó dominar por las bellezas literarias de las obras o rechazo su contenido, sin preocuparme del mecanismo que les da vida, ni de la tendencia, escuela, grupo, etc., a que pertenecen, y pongo desde luego sobre mi cabeza y reputo inmejorable, lo que vigorosamente mueve mi inteligencia o mi corazón, sin meterme en más averiguaciones.

No se me ocultaba, que existe un tema que polariza con fuerza irresistible la atención pública: el de la complejidad del momento político actual. Tema de tal grandeza que, por afectar a la entraña de la vida nacional, salva mezquinos límites partidistas y alcanza altura suficiente para que pueda ser tratado en todas partes, allí donde se reúnan españoles de

buena voluntad. Pero escrúpulos nacidos del carácter especial de esta Corporación, de la desconfianza en mis propias fuerzas para guardar la ecuanimidad y el equilibrio necesarios, y de la misma grandeza del tema, me decidieron a abandonarlo, encontrándome sin saber de qué tratar y comprometido a disertar en este acto.

Entonces pensé que el cuadro de una época histórica cualquiera, por ejemplo, la de un siglo atrás, podía tener la virtud de orillar todas las dificultades, por ser asunto muy en armonía con nuestra centenaria Academia, y ofrecer campo despejado para emitir con libertad los juicios más atrevidos, sin que nadie se pueda sentir molesto ni que quepan suspicacias o malicias, pues entre las pasiones de aquellos hombres y las nuestras, se alza la nieve de cien años, y el plano superior, como corresponde a la marcha ascendente de la humanidad, de nuestras instituciones y costumbres sociales y políticas, nos aleja con sus adelantos y exquisiteces, de esos días nefastos de opresión y absolutismo.

Y elegido el tema, desde luego decidí tratarlo con orientación más literaria que histórica, atendiendo con preferencia al ambiente y al fondo del cuadro en el que, como en los antiguos lienzos de países, las mismas figuras iban a ser fondo, pues fondo y ambiente constituyen el asunto, y así lo titulé:

Una Estampa de 1830

Tiempos de renovación eran aquéllos. La sociedad española había sido sacudida y removida en cuerpo y alma, por el ventarrón de la revolución francesa primero, después por el temporal deshecho de la guerra de la independencia y, últimamente, por las luchas políticas, entre la idea liberal que nacida y propagada en un amanecer sangriento, se apoderó de los hombres más inteligentes, y el absolutismo tosco y denso que por entonces y en la persona del Rey Fernando VII, por la trágica y grotesca a la vez, había encontrado cabal representación.

Muchas veces, ante los cuadros de Goya que lo representan, se inclina el ánimo a pensar, que aquel mago del color tuvo la travesura de caricaturizarle, poniendo al descubierto, con imperceptibles y correctos toques, las siniestras negruras de su alma; pero después, al contemplar otros retratos de distintos autores, alguno quizá de don Vicente López, y advertir en todos idéntica expresión caricaturesca, se concluye reconociendo que el original era, si puede admitirse la frase, caricatura de sí mismo, porque en sus ademanes, en sus gestos y en sus miradas, se desbordaba de su interior y a pesar suyo, lo que por turbio y grotesco parecía puesto adrede en el lienzo para zaherirlo.

Tiempos de renovación eran aquéllos, y acaso de entre los años anteriores y posteriores, el de mil ochocientos treinta iba a destacarse en la

historia y a ser como el punto a donde convergieron los caminos; o como la semilla, que contiene todos los principios; o como la llave del destino, que cierra las puertas de una época nefasta y comienza a levantar lentamente el pestillo de la cerradura que guarda el porvenir. Y como tales cambios y mudanzas no son sino el resultado del esfuerzo colectivo, el pueblo español, y particularmente el de Madrid, compendio y espuma de aquél, se entregaba a las más halagüeñas esperanzas y, a pesar de todos los pesares, se hacía el sordo a los recientes y terribles gritos que sonaron en Cataluña y otros puntos, y sólo tenía oídos para escuchar los presagios de color de rosa que en su imaginación despertaban el llanto inocente de una recién nacida y la sonrisa apacible de su gentil y dichosa madre.

Acaso esa peremne tendencia al optimismo que caracteriza a los españoles, es tanto el resultado de su inocente buena fe, como efecto del clima, en su mayor parte suave y grato, de hermoso cielo y espléndido y vivificante sol.

Todas estas características reunía la tarde de uno de los postrimeros días de Noviembre de mil ochocientos treinta, mes que en Madrid, muchas veces, proporciona los más deliciosos del año.

El Paseo del Prado, desde la punta de Recoletos hasta el convento de Atocha, veíase animado por la concurrencia, ávida de gozar las últimas dulzuras del otoño.

A lo largo del Salón, en la parte destinada a los coches, daban vueltas a la noria los más variados ejemplares: desde el arcaico armatoste con aires de carroza, pasando por el birlocho o el cabriolé alquilón; el doctoral bombé, y la carretela, orgullosa de ostentar soberbio tren de lacayos, arreos, charoles, uniformes, plumas y demás garambainas; al elegante tilburí, última novedad de Londres o Bruselas, como lo era la indumentaria del petimetre que lo conducía y la librea del ocioso servidor.

De la fila se separó una berlina redonda, tirada por ágiles mulas, parándose al borde del paseo. El lacayo, saltó a la puertecilla y ceremoniosamente abrió paso a dos señores, a los que tanto la edad como los sombreros de tres picos y galoneadas casacas que vestían, daban prestancia y autoridad.

Dejaron, desde luego, la estrecha faja en que los paseantes más distinguidos, luciendo, en su mayor parte fraques o envueltos en las airosas capas y cubiertos con sombreros de copa, se apretujaban para conseguir la atención y los saludos de las damiselas de los coches, y se internaron en el Salón.

Allí, aunque era grande también la animación, podía pasearse con amplitud y gozar de las caricias del sol.

—Sí, señor amigo don Miguel—decía el más grueso y orondo de los dos personajes—; la alegría de la corte se ha aguado con la noticia de la muerte del Rey de las Dos Sicilias—. Y luego, bajando la voz y después de una mirada circular, agregó sonriendo:—A la francmasona comienza a nublársele el porvenir.

—¿Qué me dice V., mi señor don Pedro?—replicó el otro, que era bastante más joven, aunque con medio siglo bien cumplido.—Pena y muy honda, tendrá Cristina por la muerte de su amado padre, pero yo no veo las nubes ni nada que se les parezca, pues el mañana pertenece a ese ángel que el cielo guarda para el trono español, y que es el único rayo de luz en el caos que nos envuelve.

—Eso es una blasfemia...—Comenzó a decir el primero, siempre sonriente.

—¡Una blasfemia...!

—Sí señor: religiosa y jurídica—concluyó don Pedro, con la autoridad de sus largos años de oidor y Presidente después de la Audiencia de Manila. Y enseguida, como para quitar acritud a sus palabras, hizo una pausa, y sacando ricos tabacos de la Habana, brindó con ellos a don Miguel.

—Buenas regalías.—Exclamó éste, eligiendo la que fué de su gusto. Y antes que tuvieran tiempo de pensarlo, un pícaro que por allí pasaba pregonando fuego, les presentó la mecha encendida.

—Si la ley es la aplicación concreta de la justicia en abstracto—prosiguió el magistrado—, es una blasfemia suponer a la Providencia interesada en el quebranto de la ley, o sea de la justicia...

—Pero...

—No hay peros que valgan. Según el auto acordado de Felipe V, de 10 de Mayo de 1713, corresponderá la corona a la muerte de nuestro Rey, que Dios guarde, a su hermano D. Carlos María Isidro...

—¡Pero D. Pedro, si...!

—Déjeme V... A menos que antes la napolitana tenga descendencia masculina, lo cual no es creible... dado el estado deplorable de S. M... Ya sabe usted que del desmayo que le tomó hace tres meses en El Escorial, pudo salir a duras penas, y si se repite...

—¡Esa no pasa, no señor, no pasará! ¿Pues qué, no ha sido nada la pragmática sanción de Carlos IV... o es que va V. a negarla, como ahora se estila?

—No, si yo no la niego, lo que niego es que la tal ley tenga fuerza para obligar a S. A., que vino al mundo con anterioridad al mil setecientos ochenta y nueve. en que fué decretada... Además, aquí entre nosotros, es una suerte que así suceda, y usted que es hombre sensato y cristiano viejo, a pesar de su democratismo, acabará por convenir conmigo...

—¡Yo...!

—Sí señor, usted. Porque don Carlos representa el triunfo de la religión y de las ejemplares costumbres e instituciones nuestras, único dique capaz de contener el torrente revolucionario que, so color de libertades y constituciones, con la necia manía de pensar... ¡No se alarme, que sé lo que me digo...! con la necia manía de pensar por quien no sabe discernir, acabará con la Monarquía, cuyos cimientos va socavando, como ha concluído con la Santa Inquisición.

—¡Basta, sí señor...! Mejor es no hablar. ¿De suerte que le parece a usted poco todavía el celo religioso de Fernando...? Pues no lo creería así el padre Castro del Escorial, que es autoridad en la materia, cuando publicó el panegírico titulado: «Triunfos recíprocos de Dios y de Fernando VII». Además, si no existe ya la Inquisición, no es por culpa del Rey, sino de la mudanza de los tiempos, pues ya recordará usted que al general Elío, por haber restablecido el tormento en Valencia, se le concedió una gran cruz, y ¿qué más inquisición quiere, que esas comisiones ejecutivas que alcanzarán triste celebridad con los crímenes de la época de Chaperón...?

—¡Cuidado, ándese con cuidado, don Miguel!

—Con usted, don Pedro, gracias a Dios, no tengo que tenerlo, porque usted, que goza tirándome de lo lengua, aunque apostólico y del cuarto del Infante, no es un espía, como los miles que ha destacado por Madrid el régimen de soplonería, principal instrumento de poder del marido de la jorobada, don Francisco Tadeo Calomarde... No, no haga usted ademán de hablar, si ahora me toca a mí. También cree usted que el Monarca favorece con exceso la ilustración. Supongo que se refiere a la escuela recientemente creada...

—¿Qué escuela es esa?

—¿Cuál iba a ser? La de Tauromaquia de la ciudad de Sevilla, que por cierto está muy en armonía con el españolismo de S. M., aunque no con la protección debida a la raza caballar, por quien se precia de ser el primer jinete del reino.

—¿Y por qué no cita usted el Conservatorio de Música?

—Porque ese se debe a la francmasona, como usted dice. Ya se ve, son tantas las pruebas de amor a las luces dadas por la real familia, que estuvo en su punto la Universidad de Alcalá, y acertó como pedrada en ojo de boticario, al conceder el grado de doctor al serenísimo Infante don Antonio.

—Esan son chanzas, don Miguel—rechazó don Pedro, encontrando muy natural la concesión del título *honoris causa*, como hoy diríamos,—No sólo con la ciencia, sino también con la realeza, se han honrado y se honran las Universidades.

—¿Quién lo niega? Pero don Pedro, si es que en este caso se juntaron las dos. Porque el Infante fué el dichoso autor de frases que animaron la camarilla, donde el Rey, entre los truanescos, pero castizos chistes de Chamorro, el noble aguador de la fuente del Berro; y las discretas advertencias del esportillero Ugarte, del Arcediano Escoiquiz y de otros ilustres varones, encontró la cordura y la sabiduría necesaria para gobernar a España, acreditándose con ello como digno hijo de sus augustos padres.

Don Pedro, que como dijera su amigo, se gozaba en hacerle hablar, temió haberlo llevado demasiado lejos, y sabiendo que por sus palabras sangraban amarguras y dolores muy hondos, se propuso dar fin a la dis-

cusión. Nada mejor para lograrlo, que la ayuda que le llegó de repente. Es el caso, que venía a todo trapo por enmedio del paseo una mujer arrogantísima, fina y cimbreante, con esa expresión de desafío y desgaire que tan bien armoniza con unos ojos grandes y oscuros, por los que cruzan relámpagos de fuego.

—La Naranjera—decía la gente abriendo paso, mientras estallaban disparados los requiebros y el apodo *Narizotas* corría susurrante de unos en otros. Y allá iba la arrogante maja, cuyo ajustado corpiño, sujetaba a duras penas las gracias de sus atrevidas líneas. Y desde lo alto de la peineta de pico de pato, sobre la que pendía la marfileña blonda de la mantilla, hasta los zapatitos de juguete y raso, todo era bizarría y gentileza en su persona y atavío.

Don Miguel, se paró en seco para contemplarla. El digno magistrado de la Audiencia de Manila, se caló los anteojos... y ambos quedaron con la boca abierta, apoyados en sus bastones de tres altos, viéndola alejarse, con la tristeza con que el buen marino ve perderse en el horizonte la fragata en que ya no le es posible navegar.

A todo ésto, la tarde, despejada y serena en sus principios, tornose desapacible. Por poniente, avanzaban negros nubarrones orlados de tonos sangrientos. Un vientecillo que se levantó, fué corriendo las cortinas del cielo y obligó a los dos personajes a volver a la berlina.

El paseo, había llegado a su mayor grado de animación. Los uniformes militares, de tonos vivos, como los adornados trajes de pasiega; las notas blancas de los zaragüelles y polainas de los valencianos y los colores chillones de las sayas de *aparejo redondo* de tal cual aldeana, salpicaban el fondo oscuro de la multitud.

Un relámpago vivísimo seguido del trueno que retumbó largamente, sorprendió a todos.

Comenzó el desfile. Los de a pié, temerosos del aguacero próximo, se desbandaron en todas direcciones.

Los dos amigos, ordenaron el regreso, al calmarse en el paseo la confusión producida por las encabritadas caballerías, asustadas del ruido de la tormenta.

De pronto, se desgajó de lo alto sobre los mortales, a la luz del relámpago, el disparo monstruoso de un trueno seco que abrió las cataratas del cielo. Pasado el momentáneo terror, cada cual se preocupó de ponerse a salvo.

Los fogosos troncos, de cara a la querencia, y todavía no repuestos del espanto, se entregaban al galope más desenfrenado, con peligro de los transeuntes y aun de los mismos vehículos que arrastraban. Entre ellos, como si concursaran en las carreras, los aparatosos caballos velazqueños, que antes caracoleaban orgullosos de sus arreos andaluces, cribaban la lluvia, tendidas al viento las crines y las colas largas y espesas.

Don Pedro, pesaroso de haber hurgado, acaso con exceso, la herida abierta de su amigo, preguntóle cariñoso:—¿Tiene usted noticias de su hijo?

Ya sabe, querido don Miguel, que este *feota y servil*, sigue queriendo como siempre a Miguelillo el *negro y fracmasón*.

—Pronto espero tenerlas—contestó el caballero, estrechándole con cariño las manos y conteniendo su emoción.—Mañana regresa de Burgos mi pariente el padre Jerónimo y, a juzgar por lo que me da a entender en una carta, debe de haberle visto.

—De suerte, ¿que entró en España con Espoz y Mina?

—Entró... y no sé si ha conseguido salir todavía.

Hubo un momento de silencio.

Sobre el coche, retumbaba la lluvia y los cascos de las mulas, que iban volando, resonaron acuosos en el empedrado de la calle Alcalá.

A la luz escasa de la tarde que moría, la amplia rua, trepidante con el ensordecedor ruido de los coches y del aguacero, convirtiéndose en torrente. Guarecíase la gente bajo los portales y en los cafés que, como el de Solís, sede de la elegancia, el de la Aduana, El Buen Gusto y otros, encontraban al paso.

Al parar frente a la casa de don Miguel y mientras el lacayo abría la puertecilla, rompió don Pedro el silencio y, despidiéndolo, le dijo:—Esto es menester que acabe, porque usted se está matando a sobresaltos. Permítame que obtenga de S. M. un salvoconducto para que el expatriado regrese con seguridad absoluta. Basta con su palabra de...

—Dios se lo pague. Ya veremos, don Pedro. ¡Ojalá sea posible!.. Pero para darle yo mi palabra, necesito contar antes con la de mi hijo.—Y después de estrecharle de nuevo las manos, se perdió en las sombras del portal.

Y la berlina, continuó dando tumbos por los charcos de las calles, sumidas en la oscuridad, a pesar de los farolillos de aceite, deteniéndose para que levantaran los improvisados puentecillos que hacían posible el tránsito en los cruces de los arroyos, y después de pasar laberínticas callejuelas bajo los chorros cruzados de los canalones, arribó al puerto de un viejo caserón, de alero y balcones salientes, donde moraba el magistrado.

En tanto, don Miguel entraba preocupado en su piso de la calle de la Montera. Las últimas palabras de don Pedro, repercutían en sus oídos con los encantos y peligros de una tentación. ¡Volver a tener cerca al hijo expatriado, única razón de ser de su existencia! ¡Encontrar siempre en el hogar el amado rostro, en el que los rasgos y la expresión de la madre muerta, nunca olvidada por el caballero, acusábanse con mayor firmeza y energía!

Pero era necesario proceder con cautela y no fiarse de palabras ni de ofrecimientos. Porque si bien conocía la intachable lealtad del viejo Presidente de la Audiencia de Manila y descansaba en sus promesas, por encima de todos estaba la voluntad real que no se detenía en palabras ni en juramentos. Y a su imaginación, excitada y vibrante de esperanzas y temores, acudían en tropel las ya lejanas escenas del Escorial, cuando Fernando conspiraba contra sus padres, revolviéndose después iracundo, una

vez descubierta la miserable trama, para señalar sus cómplices y cargar sobre ellos todas las culpas. Rápidamente cruzaban por su memoria destierros, prisiones, fusilamientos y vejámenes de todas clases de que fueron víctimas los hombres más ilustrados de su tiempo, por el horrendo delito de querer ser gobernados como ciudadanos conscientes y libres, sin tener para nada en cuenta que aquellos varones supieron defender con su sangre la Patria y arrancar del poder extranjero y conservar para su Rey el trono de Fernando y de Isabel. Y mientras la multitud, turbia y soez, se revolcaba, borracha de sangre, en la plaza de la Cebada, ante el patíbulo, o al grito de *vivan las caenas* sustituía los caballos del coche del Deseado, éste convirtió el disimulo y la farsa en fundamento de su política y, con maquiavelismo grosero, laboraba en las sombras contra lo mismo que defendía en público, y así nunca se creyeron más seguros sus ministros, ni fueron más obsequiados por el Soberano, que cuando les tenía decretado el destierro. A pesar de tantas negruras, el corazón se abría a la esperanza. Aquella niña recién nacida, la tierna María Isabel, destinada a ceñir la corona de España, bajo el amparo de una madre buena, bella, liberal, amplia y tolerante, era el sol que ya se anunciaba y que, sin haber salido todavía, ni ser bastante a disipar las tinieblas, comenzaba a teñir de rosicler los cielos y las nubes.

Don Miguel, vivía en compañía de su hermana doña Dolores, vieja solterona, cinco años mayor que él, y de su sobrina María Josefa, hija de una prima hermana.

Ambas mujeres, habían notado, por la fijeza de la mirada del caballero, la preocupación de su espíritu.

Cenaron sin hablar palabra. La rojiza luz que arrojaba, sobre los adomados manteles de grano gordo, el velón de cuatro pabilos, velada por las metálicas pantallas, apenas permitía distinguir los lienzos oscuros, de asuntos religiosos, de las paredes; la sillería de nogal y enea; la vajilla y cristalería del aparador, y el brasero de azófar, descansando en la tarima brillante, constelada de clavos de bronce.

—Mañana llega el padre Jeronimo...— Dijo gravemente don Miguel, e hizo una pausa.

Las dos mujeres, sobresaltadas por la noticia, mirábanle ansiosas los ojos, queriendo adivinar lo que vendría después.

—Llega de Burgos, y espero que traiga noticias de Miguel.

Doña Dolores, lloraba en silencio. María Josefa, pálida y anhelante, ante la escrutadora mirada de su tío, se puso roja, bajó los ojos y no volvió a levantarlos en toda la noche.

Rezaron el rosario. Y cuando dieron las diez las campanas del convento más próximo, en la casa, oscura y silenciosa, sólo se oía el ruido del turbión.

* * *

Al filo del mediodía, entraba don Miguel en el patio de la casa de postas. Estaba desierto. Sólo un sacerdote, cubierto por el enorme sombre-

ro de teja, de los llamados de tres sillas, y portador de un paraguas rojo lo suficientemente grande para resguardar su respetable humanidad con sombrero y todo, leía las advertencias, horas y tarifas puestas al público sobre el poste anunciador.

Llegaban gentes de la más variada condición, y entre ellos el Padre Superior de los Agustinos, que iba con el mismo objeto que don Miguel, y pronto trabaron conversación.

Poco antes de la una, y cuando ya el público, que no se resignaba a recluirse en la sala de espera, paseaba impaciente por el patio, se oyó a lo lejos leve rumor, que fué aumentando y convirtiéndose en trepidación formidable.

—¡La diligencia! ¡Ya viene ahí!

Y todavía al trote, cubiertas de espuma y salpicadas de barro, como lo estaba el antediluviano coche que conducían, entraron las siete mulas, resonando los cascotes en los guijarros del zaguán, contenidas por el postillón y el mayoral que, empuñando las riendas, con su chaqueta de astracán y pantalón de piel de oveja, desde el pescante les gritaba:—¡Sooo... Coronela! ¡Zagalaaa!..

Procediose al reconocimiento de los pasaportes, comenzando por los de la berlina.

—Don Cayetano González Parias y señora.

—Nosotros somos.

—Don Ricardo de la Puente Palma e hijo.

—Fray Jerónimo de la Santísima Trinidad y el mozo de mulas.

—Para servir a Dios y a V... El criado es aquél...— Decía señalando un mozangón con barba de veinte días, que en el departamento interior se esforzaba desmañadamente por ganar la salida, sin conseguirlo.

El padre Jerónimo estrechó al caballero con afecto, y muy bajo, pero imperativamente, le advirtió:—¡Cuidado con hacer gestos ni pronunciar palabra, veas lo que veas!

En un santiamén fué desenganchado el tiro y descargada la baca del coche, por la escalerilla puesta a su flanco, de baules, sacos y demás envoltorios.

Don Miguel, en compañía de su pariente y del Prior de los Agustinos, dejó el patio de la casa de postas, convertido en feria de sentimientos y sorpresas. Iba callado, marchando como autómatas, sin oír las palabras que le dirigían ni tener ojos más que para las mulas que calle arriba, y con los dos criados del convento, el recién llegado y otro que allí esperaba, eran portadores de los equipajes de Fray Jerónimo de la Santísima Trinidad.

Al regresar a la casa, se encerró en su cuarto, sin hablar con nadie. Paseaba intranquilo, de un lado a otro, sobre las silenciosas esteras de pleita, sumido en la mayor confusión, en la que sólo se destacaba una idea fija: ¡su hijo! aquel hijo que, todavía muchacho, allá por el año diez y nueve o veinte, se daba trazas para entrar, burlando la vigilancia pa-

terna, en las sociedades secretas, y escuchar emocionado a los oradores, especialmente a Alcalá Galiano, en la Fontana de Oro, cuya elocuencia le arrebatava y con quien, a pesar de la diferencia de edad, llegó a sostener amistosas relaciones.

Y esta amistad le fué fatal, porque a pesar de no haber nunca tomado parte activa en la política, se le hizo objeto de estrecha vigilancia durante la época del terror, prevención que fué aumentando, en vez de disminuir, con el transcurso del tiempo, hasta el punto de tener que ausentarse de la Corte y refugiarse en Barcelona, a fines del veintiocho, cediendo a los reiterados consejos de don Pedro.

En la Ciudad Condal, pasó dos años tranquilos, pero a la retirada de los restos de las tropas francesas, venidas a la península para restablecer a Fernando en la plenitud de sus derechos absolutistas, sucedió la política desatentada del feroz Conde de España, consistente en prisiones, destierros, confiscaciones y, según los partes oficiales, *lanzamientos a la eternidad* de tantos desgraciados, con la asistencia personal, muchas veces, del religioso caudillo, que llegó a bailar ante la horca y a entonar la burlesca marcha de las «Habas Verdes». Entonces fué decretada la prisión de Miguel. La amistad del glorioso tribuno le perseguía como una maldición. Y es que el Monarca no olvidaría nunca al que en las Cortes de Sevilla osó proponer y obtuvo su declaración de incapacidad, único medio de reducirlo a la obediencia.

Merced a circunstancias casuales y fortuitas, logró el joven ponerse a salvo y, tras de muchas privaciones y angustias, consiguió ganar la frontera.

Hacia, pues, tres años, que don Miguel no veía a su hijo. Y ahora, de pronto, cuando menos lo esperaba, en los terribles momentos que la reacción ocasionada por las recientes incursiones de Mina y de los coroneles Valdés, Chapalangarra y otros, inauguraban de nuevo la era de sangre, arrostrando los mayores peligros, tenía el inconcebible atrevimiento de presentarse en Madrid.

Y ¿qué resolución adoptar en aquel conflicto? Pasaban las horas, y su alma, combatida por el temor y la alegría, vacilaba indecisa.

Obligarle a huir de nuevo, expuesto a caer en manos de sus perseguidores, era inhumano.

Después de todo, no quedaba otro remedio que acogerse a la esperanza y aceptar, de ser posible, los ofrecimientos que don Pedro le hiciera la tarde anterior.

Tomada esta resolución, y ya cerca del obscurecer, llamó a las dos mujeres para comunicarles la noticia. Doña Dolores se le abrazó llorando, impaciente por estrechar contra su corazón al ser para el que guardaba todas las ternuras recónditas de su maternidad frustrada.

María Josefa, sin poder disimular la emoción que animó sus lindos ojos, profundos y negros como su pena, y entonces brillantes como su alegría, se refugió en la sala, delante de la consola de caoba, en la que, bajo

la urna de cristal, un Niño Jesús, desnudo y sonriente, apacentaba los corderos, y al ver al dulce y callado confidente de sus mortales amarguras, cayó de rodillas exclamando:—¡Gracias, gracias, Niño mío! ¡Ya ha venido Miguel!—Y terminó con un sollozo, ahogado en un mar de dulcísimas lágrimas.

Poco después, o sea en ese momento del crepúsculo en que todavía no es de noche, pero las sombras velan ya los seres y las cosas, embozado hasta los ojos, se presentó el joven.

Imposible describir la escena de la llegada. El recibimiento fué silencioso, porque el idioma del amor, en los momentos supremos de la existencia, es mudo siempre. Rayo de eternidad concedido por Dios a los mortales, huye de ser profanado por el lenguaje de los hombres.

Pasadas las primeras expansiones, después de ese tiroteo de preguntas que no escucha las respuestas, atentos más que nada al gesto, a la expresión, al sonido de la voz, a los detalles del traje y a las minucias de la persona, y una vez que cenaron y fueron levantados los manteles, Miguel les fué contando su odisea, los largos meses de destierro, en Inglaterra primero y por último en Francia, atraídos a ésta por la revolución que en Julio ensangrentó las calles de París, y por la favorable acogida y auxilios facilitados por el gobierno de Luis Felipe de Orleans.

Enseguida, los planes revolucionarios de Bayona que, como siempre sucede en España, fueron esparcidos a los cuatro vientos y conocidos en Madrid en sus menores detalles y con la anticipación necesaria para desbaratarlos.

Y últimamente, la incursión por Navarra y las Provincias Vascongadas, esperanzados en que la sola presencia de las tropas de Espoz y Mina levantarían el país, harto ya del abominable tejido de traiciones, sobresaltos, miserias y crímenes, que desde tantos años atrás pesaban sobre la pobre España.

Aquello terminó trágicamente. La mayor parte, murieron en los campos a manos de las tropas del general Llauder, y Mina y algunos más, entre los que se encontraba Miguel, debieron su salvación a un incidente novelesco, pero estuvieron a punto de ser cogidos prisioneros.

Entonces, disfrazado de arriero y en unión de otros que verdaderamente lo eran y que iban a Burgo, se decidió a acompañarlos y, una vez allí y habiendo visto al padre Jerónimo que pronto emprendería el viaje a Madrid, se dejó tentar por la blanda ilusión de regresar a sus lares.

—De suerte dijo don Miguel, que tú te quedas con nosotros y renuncias a esas ideas extremas y me das palabra de no volver a las andadas.

—¡Eso jamás!—exclamó, sin vacilar, el joven.

El padre, lo miró con los ojos llenos de lágrimas, vislumbrando en tanta firmeza, amarguras y penas sin cuento. Lágrimas santas, de amor justamente alarmado, pero también de orgullo de ser padre de aquella naturaleza generosa y valiente.

Todavía, retiradas las mujeres, platicaron los dos largo tiempo. Y cuan-

do el joven se dirigía al dormitorio, después de haber dejado en el suyo a don Miguel, al pasar por la sala, oyó un suspiro. Era María Josefa, llorando acongojada ante el Niño Jesús.

A pasos quedos, llegó a su lado y suavemente la levantó en sus brazos.

—¿Por qué has venido, exponiendo tu vida?..

—¡Por tí, María Josefa, por tí!.. ¡Por que no puedo vivir sin verte!

Y un beso largo, apasionado, silencioso, fué el premio bendito de aquel viaje.

El niño Jesús, sonreía con dulzura, desde su urna de cristal. Se oyeron unas campanas y en la calle se alzó la voz aguardentosa del sereno cantando:—Las dos en punto... y nublado.

* * *

Señores Académicos: Ha llegado el momento de dar fin a mi trabajo. El panorama español en mil ochocientos treinta, es tan amplio, que no he intentado siquiera comprenderlo en esta estampa. Son ligeros apuntes, nada más, sin otra finalidad que la de distraernos en el día de hoy.

Atracción inmensa ejerce sobre el que lo estudie, este momento histórico en que el carlismo disponíase para la gran batalla del siglo, por que esas guerras, sostenidas aparentemente por la posesión de un trono, tenían y tienen más profundas raíces, pues representan la lucha sin cuartel entre dos ideas antagonistas, irreconciliables, que todavía dura y durará, con don Carlos o sin él, mientras aliente uno de los dos adversarios.

Por estos mismos días, un siglo atrás, Carmen, la bella y felina gitana que nació al conjuro del arte mágico de Merimé, para desplegar por el mundo su bandera de gracia y bizarría, recorría las calles de Córdoba, alumbrándolas con su hermosura.

Ya habían sonado en Francia, la que nos asumió en el absolutismo, con las huestes del Duque de Angulema, gritos libertadores en la política y en el arte y así, en Febrero y entre el escándalo producido por los detonantes chalecos de Gautier y las rebeldes y románticas melenas, triunfaba Víctor Hugo con Hernani, y en Julio era destronado Carlos X por amordazar la prensa.

En España, Mariana Pineda bordaba la bandera que había de llevarla al patíbulo y darle vida inmortal. Las playas de Málaga, aguardaban la sangre generosa de Torrijos y de sus cincuenta y un compañeros. Al pistoletazo literario de Werther, iba a responder en la realidad la pistola de Larra. Y en los telares de los sueños, por manos de gnomos y de hadas, se comenzaba a tejer el paño rojo de la capa de don Alvaro.

Noviembre 1930.